

Pues, ¿qué otra cosa fueron muchas de las batallas de griegos y romanos, las de las ciudades italianas de la Edad Media y las de nuestros antepasados los mexica, que á lo más se disputaban una legua de terreno ó algún bosquecillo?



Desde que se anunció la invasión francesa, Rosales no ha descansado en su tarea de disciplinar, disponer, corregir, animar, enardecer y levantar estas regiones, y para mí es el jefe de más prestigio que existe por aquí, como espero lo será pronto en el resto de la República. Un solo rasgo suyo te dará idea del hombre.

No hace mucho que ancló en las aguas de este puerto un vapor inglés de buen porte. Los marineros, conforme es en ellos vieja costumbre, se emborracharon y riñeron entre sí y con los perdularios del puerto, negándose á pagar lo que habían consumido en la taberna de la pen-

dencia. El cantinero, que no tiene por los extranjeros el grande y terrible respeto que sienten González Echeverría ó Doblado, mandó dar una soberana paliza á los marineros.

Saberlo el capitán del vapor inglés y ponerse hecho un demonio de ira, fué todo uno: pateó, juró, dijo, prometió, alzó las manos al cielo y acabó por pedir una satisfacción á las autoridades del puerto. Como no le contestaron tan pronto como quería, apresó la goleta mexicana *Reforma* y á remolque se la llevó al costado de su barco, haciéndose á la mar en seguida.

Los ojalateros, que abundan aquí como en todas partes, pusieron el grito en el cielo declarando que aquello era un ultraje á la nación, — cosa que nadie ponía en duda, — que los ingleses se prevalían de su fuerza, — en lo cual hacían muy bien, ya que esa es la ley universal, — y que no era posible rescatar la goleta porque no teníamos elementos, — teorema indudable que iba teniendo el cariz de axioma.

Y cuando todos gritaban no sé qué de leyes internacionales, y de respeto al pabellón, y de necesidad de no dejar pasar aquello sin castigo, un mocetón delgaducho, de cabellera alborotada, cargado de hombros, un poquito bisojo, un poquito inclinado de cabeza, con una barba á lo Juliano y una pelambarrera que parece un *mal país*, se alzó y dijo con sencillez:

— Yo rescataré la goleta.

— ¿Usted, Rosales? le preguntó Corona con asombro.

— Yo.

— ¿Y en qué barco?

— En el *Colón*.

— ¡Pero si es una cascarita de nuez!

— En efecto; por lo mismo no pienso llevar mucha gente.

— ¿Quiénes le acompañan á usted?

— Granados y otros dos oficiales.

— Haga usted lo que quiera.

Y puso en sus manos la orden para exigir la entrega de la *Reforma* y una explicación por los agravios.

Los ingleses se alegraron al ver que se acercaba un vaporcito que les hacía señales, y dejaron pasar á los intrépidos expedicionarios.

— Viene usted á darme la satisfacción que solicité, ¿no es eso?

— Sí, señor, vengo á traérsela á usted.

— El proceder de los mexicanos fué verdaderamente irregular é indigno.

— Vengo á traerle á usted la satisfacción, siempre que usted me devuelva la goleta que apresó arbitrariamente y faltando á la equidad, á la razón y á todos los usos internacionales, y que me dé, en cambio de la nuestra, otra satisfacción por su incalificable atropello.

— ¿Y si me rehusara?

— Tendría que tomar otras providencias.

— Puede usted tomarlas.

— Mira, le dijo á Granados, baja á toda prisa y préndele fuego á la Santa Bárbara, mientras yo le prendo fuego á este inglés atrabiliario.

Y luego, creyendo que vacilaba, le ordenó:

— Mejor yo seré quien vuele la Santa Bárbara, y tú quien te encargues de este sujeto.

El inglés había permanecido sin pestañear, fumando un habano y sorbiendo á tragos una copa de *old sherry*; pero al ver tan determinados á los oficiales les dijo satisfecho:

— Son ustedes unos valientes; llévense la goleta.

Les trató á cuerpo de rey, les dió de comer y de beber, fraternizó con ellos, canjeó sus excusas con las que Rosales llevaba escritas, y allí me tienes al expedicionario volviendo á Mazatlán con la goleta *Reforma*, trabajosamente remolcada por el *Colón*. Cuando la gente vió todo eso se quedó abismada y sin comprender cómo había podido realizarse tan tremenda hazaña.

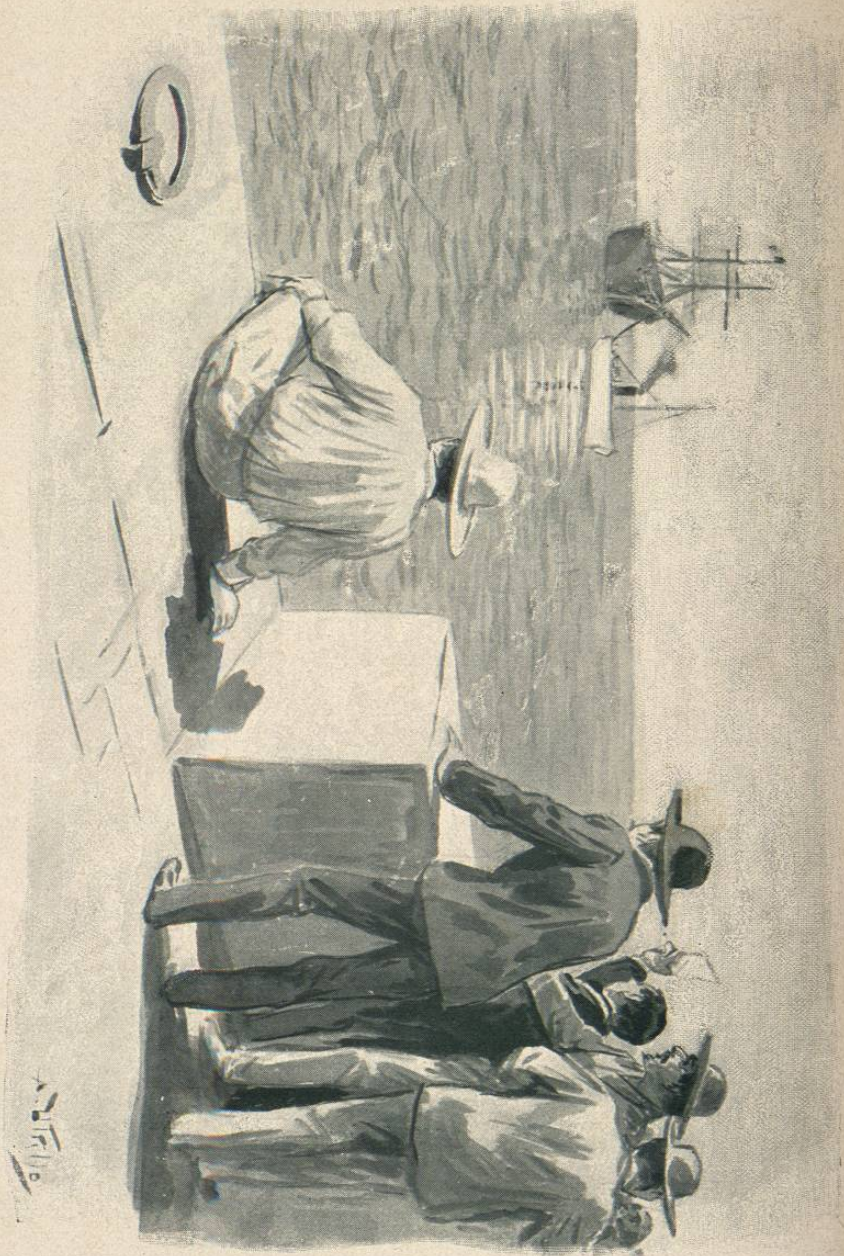
— Es que llevaba la resolución de traerme el barquito ó de que me mataran, respondió Rosales con sencillez.

Conque ya puedes notar que, por lo menos el valor, anda á una altura que ya quisieran todos los Garzas del mundo.

Adiós y hasta la otra.

El Nigromante.

— Cuando la gente vió todo eso se quedó abismada...



De don Guillermo Prieto (Fidel) á don Ignacio Ramírez
(El Nigromante).

Monterrey, Mayo de 1864.

Nacho mío de mi corazón:

Cuenta formal la leyenda
que hubo un cura muy ladino
muerto por armar contienda
por los chismes del vecino.
No le faltaba su taco,
pero le sobraban penas;
y oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.

Dispensa que me arranque por peteneras antes de
empezar la contestación de tus cartas; pero la verdad es
que tú y yo estamos de esta suerte por imitar con tantí-
sima fidelidad al señor cura de Jalatlaco, de dulce me-
moria.

Tú, empeñado en buscarle el pelo al huevo, andas
dando tumbos y desbarrancándote en aquellos precipicios
más llenos de misterios que la cueva de Montesinos; yo,
en medio de este calor y de estos arenales y de estos ries-
gos diarios, acaricio la idea de reconciliarles á ustedes, á
ti y á don Benito, cosa que me figuro tan fácil que todo
será ponerles frente á frente para que se den un abrazo.
Lo único difícil es ponerles frente á frente...

De todos estos brincos, de todas estas huídas, de todas

estas peregrinaciones, sólo una cosa me duele: el aleja-
miento de México. ¡Si yo tuviera aquí los jorongos de mis
leperitos, la cuera de gamuza con brichos, la chaqueta
rabona, la faja roja, el calzón apretado, el tacón con
herraduras! Y luego, ¡las mujeres, las legítimas peladas,
las chinas!, no las encuentras aquí ni para remedio. Yo
toleraría todas estas cosas si tuviera por lo menos una de
aquellas

Con la pestaña arriscada
y los ojos al dormir;
que no se atranque por nada;
mire usted que es buen decir...

De breve cintura
que arroja la sal,
que envidie hasta el cura
mujer tan cabal.

Zagalejos de mascadas
con sus vivos de listón
con las puntas enchiladas
y zapatos sin tacón...
Cuando se terció el rebozo
dan ganas de estornudar...
¡qué brazos para un retozo,
Santo Niño de San Juan!...

Nadita de guante,
Mangote ni un chis;
carnita flamante
que no hay en París.

Su risa es de par en par
para enseñar su marfil.
¡Oh, y quién pudiera al pasar
una mordida pedir!

Y no son sus dientes
juzgados de Dios,
que nada postizo
conoce mi amor.

Ya sabrás que el famoso padre Miranda, el eterno pronunciado, el conspirador eterno, el que imaginó el Imperio, murió después que acababa de conseguir una canonjía como premio á sus afanes. Le acompañaron en el último trance seis ó siete obispos que le despacharon con todas las reglas de su arte. Yo creo en la Providencia (bien sabes que no soy ateaísta como tú); pero á veces se me ocurre que la tal señora podía anticipar un poco ciertas cosas. Nada menos, ¡cuántas calamidades se habrían evitado si el Señor carga con el bueno de don Francisco Javier por los fines del año de 1860!

La muerte del simpático tonsurado me inspiró la siguiente

ELEGÍA

Venid, moscos, chacales, *zopilotes*,
Sauces llorones, fúnebres cipreses;
Gatas austriacas, cárabos franceses,
Ancianas de bigotes,
Sepultureros, parcas gemidoras,
Y de lechuzas quejumbrosa banda,
Y en coro funeral lloremos juntos
La gran traición. Pasóse á los difuntos
¡Ay de nosotros! el doctor Miranda.
¿Quién pudo imaginar que tan travieso,

Tan vivo, tan chistoso,
Con tal sagacidad y tanto seso
Se le ocurriera el pensamiento ocioso
De largarse al imperio de los muertos?
¿No ha sido éste el mayor de los entuertos?
¿Quién correrá desde Poniente á Oriente
Con gracioso disfraz de carbonero
Llevando al retortero
A la más refinada policia?
Lloremos ¡ay! en tan menguado día.
¿Quién puede reemplazar tanta destreza
Y aquella actividad más que de ardilla,
Ni su fecunda y pícara cabeza?
Era del sansculote pesadilla,
Mercurio de roquete y solideo,
Maquiavelo de tiara y de sotana
Que por zurrarle á Juárez la badana
Hubiera ido á las aguas del Leteo.
Más que columna fué polín de Salas,
El ídolo del clero,
Su Pegaso, su Figaro, su Palas.
Sin el prosaico antojo de morirse,
Hoy fuera confesor de la devota
Emperatriz Carlota;
Y habría llegado á ser, si no se escapa,
Patriarca, Obispo, Cardenal y Papa.
A su lado Pelagio era un enano,
Barajas una triste chuchería,
Un átomo Munguía,
Feto de un mes el célebre Sollano,
Y el padre Covarrubias un bendito
Que junto al gran Miranda valía un pito.
Mas ¡ay! acontecióle lo que al loco
Que le tocó la grande en un billete;
Cobró la lotería,
Que fué de su existencia el solo antojo,